
1898

1º DE ENERO.—Con malísima noticia se inaugura el año: por fidedigno conducto sé que Jesús Contreras, amigo mío muy predilecto, presenta síntomas de cáncer en un brazo.

8 DE ENERO.—El arreglo de mi casa conyugal me trae, de cuando en cuando, ráfagas de alborozo por mi nuevo estado próximo. ¿Será buen augurio?

Conforme doy término á la instalación de mi gabinete de trabajo, el sinnúmero de objetos que manoseo me revive muertos recuerdos é historias viejas, muchos secretos, que, con excepción de mí mismo, nadie conocerá. Bien es cierto que en su gran mayoría sólo á mí pueden interesarme.

12 DE FEBRERO.—Hoy me casé.

2 DE MARZO.—Balvino Dávalos, que en la actualidad hállase de secretario particular del Subsecretario D. Manuel Azpíroz, en recompensa á mi pequeñísima ayuda para que entrara en el Ministerio, me da el soplo de que

MI DIARIO

las conferencias sobre historia de la Geografía, en la Escuela Nacional Preparatoria, van á quedar vacantes.

—Muévete, para que, si las logras, también en la Escuela seamos compañeros.

El, Balvino, da una cátedra de latín.

9 DE MARZO.—Obtuve el nombramiento de profesor conferenciante sobre descubrimientos geográficos en la Escuela Nacional Preparatoria; nombramiento que, aparte de realizar una de mis más viejas y secretas aspiraciones, me aporta con su sueldo un gran nivel á mi presupuesto doméstico, hartamente desequilibrado por el demoníaco microbio de mi afición al *bacará* y al *poker*.

Fenómeno extraño: sólo en México el tal microbio se acomoda en mi organismo, pues jamás, hasta hoy, he jugado á nada en los varios países extranjeros en que he vivido.

18 DE MARZO.—Terminé esta noche el capítulo segundo de «Metamorfosis,» recluso yo en mi apartada y silenciosa casita, este primor diminuto que me he encontrado en barrio naciente de la ciudad, más allá de la estación de Buenavista, y que, dentro de su pequeñez, permítame el lujo de ostentar hasta jardín y verja.

Con cuánto gusto me he instalado en ella, amueblándola y decorándola conforme á mis escasos posibles y á mis exagerados caprichos, procurando que no huelan ni á burgués ni á tapicería. En mi gabinete de trabajo, especialmente, traté de echar el resto, y si así hubiera de continuar por siempre la vida del matrimonio, pues la ver-

dad que la encontraría yo superior á mi larga y tormentosa existencia de célibe.

No hay luz eléctrica, pero á la claridad blanda de una lámpara que compré en el «Louvre» de París, y que ha viajado conmigo medio mundo, yo escribo en mi mesa y la «parienta» me acompaña, con la eterna labor inacabable que toda mujer teje ó cose para que le sirva de coraza y de refugio.

26 DE MARZO.—Precisamente porque está prohibido que los alumnos aplaudan á los profesores, más me supo la salva con que mis discípulos me recompensaron la conferencia de hoy. Es justo consignar que no los reprimí.

29 DE MARZO.—En la cátedra de esta tarde me vi forzado á expulsar á dos alumnos turbulentos. Ni ellos mismos han de imaginar lo que mi arranque de energía me ha contrariado; todavía en la noche, con mucho de tristeza los recuerdo saliendo encogidos y avergonzados.

20 DE ABRIL.—Es particular! La guerra que sostiene España contra los Estados Unidos de América, interésame como si se tratara de cosa propia. Con la ansiedad de quien se halla en gravísimo peligro personal, me echo sobre los telegramas de los periódicos.

¿Herencia ó atavismo? . . .

30 DE ABRIL.—Hay en la calle de la Palma una cervecería teutola, en la que se come bien y no se bebe mal,

y en la que hemos sentado nuestros reales—esto es un decir—casi todos los escritores metropolitanos.

Hoy me encontré instalados ya en una mesa, á Jesús Urueta, á Ciro B. Ceballos y á Bernardo Couto Castillo; Urueta, nuestro genial orador próximo á partirse para Europa por cuenta y riesgo de un banquero chihuahuense que lo admira y protege; Ciro B. Ceballos, autor de «Claro Oscuro» y literato que aduna á una forma demasiado castigada y por lo mismo un tanto confusa, un carácter independiente y valeroso para juzgar de cosas y de hombres; Bernardo Couto Castillo, joven escritor que ya ha dado á luz un libro, «Asfodelos,» y que por abolenango tiene que escribir bien y que escribir mucho. Tal vez hoy por hoy, á Ceballos y Couto pudiera tildárseles de un tantico simbolistas.

Siéntome con los tres á tomar mi cerveza y en nuestra charla, que á poco se encrespa, advierto, no por la primera vez, la maligna acritud que este condenado oficio de escribir nos despierta en palabra y en juicios. Hoy, por ejemplo, se consumó la vivisección de un poeta provinciano, que se ha hecho de envidiable lugar en nuestro parnaso. ¿Para qué mencionarlo? . . .

Escucho á sus impugnadores, hasta yo he de haber dado una dentellada que otra, y más me descorazona el oficio que tan pronto nos envenena y que produce este devoramiento mutuo, característico de los literatos del mundo entero.

Rumbo á mi casa, tropecé con Rafael Delgado, el talentoso autor de «La Calandria,» y al pie de un foco eléctrico me leyó fragmentos benévolos de una carta que

acerca de mi «Suprema Ley» le escribió el anciano erudito. D. Silvestre Moreno Cora: «que mi libro hace pensar,» «que puede llamársele novela trascendente, aunque manchada de un defecto grandísimo: su materialismo excesivo, que hace odiosos á todos los personajes, sin otra excepción que Carmen Terno» . . .

9 DE MAYO.—Con una comida en el nuevo Restaurant Recamier, despedimos esta noche á Jesús Contreras y á Jesús Urueta, que saldrán para Europa en el próximo vapor francés.

Seremos hasta dieciséis comensales, y cuando nos disponíamos á sentarnos, muy enfracado aparecióse nos el respetable General de División D. Mariano Escobedo, nuestro ilustre veterano, el que venció al Archiduque frente á Querétaro. Sorprendido de vernos sin traje de etiqueta (nuestro banquete es un banquete casi bohemio), nos explica que ha confundido fechas y por eso nos ha caído de tiros largos y tan inopinadamente, estaba invitado para una comida que en el mismo local darán mañana al Gobernador de un Estado fronterizo. Y como pretendiera retirarse, todos nos oponemos, todos le rogamos que nos acompañe y presida, y él, al fin, accede y benévolo sonrío á nuestra juventud y á nuestra alegría.

Mientras se cambia la instalación de cubiertos, yo lo interrogo sin parar sobre la para mí interesantísima época de la Intervención; y á grandes rasgos, interrumpiéndose para contestar á otras preguntas, para agradecer con la mano en alto las muchas copas que á su salud se vacían, con modesta entonación de valiente y calmada voz

de viejo que repasa recuerdos, nárrame un puñado de cosas interesantes, entre ellas, con una naturalidad y un candor encantadores, cuéntame como, cuando las Cortes Marciales francesas comenzaron á ejecutar á patriotas mexicanos, él, Escobedo, mandó prevenir á un general enemigo que por el primer mexicano que fusilaran á partir de su aviso, Escobedo fusilaría á un francés, por el segundo á dos franceses y así sucesivamente, hasta ver quién se ablandaba primero.

—¿Y quién se cansó, señor?—le pregunto yo.

—Pues supongo que ellos, porque cuando me mataron á un muchacho estudiante de medicina, que era el séptimo, yo despaché siete franceses de un solo avío . . .

En el propio momento nos sentamos á cenar, juntos Luis Urbina y yo.

Comida sabrosa, con chisporroteo de ingenio.

A los postres, alud de brindis, encabezados por el General Escobedo, que nos abandonó á la media noche.

Más en confianza, dieron principio las discusiones, las batallas intelectuales, el desperdicio á gritos de materia gris que es de rigor en gente de pluma; y, según tenía que ser, paró la pelea de palabras en el candente asunto de actualidad, en la guerra hispano-americana.

Observo que muchos de nuestros talentos se hallan por los Estados Unidos y lo peor es que casi me ganan á su causa, pues conforme doran la píldora, de veras parece que los Estados Unidos encarnan el progreso hasta en sus acorazados, y la pobre España al atraso en todos sus actos, hasta en el heroísmo innegable de que á diario viene dando pruebas.

A la madrugada terminó nuestra fiesta y apenas si noté cuando nos despedimos, dos ó tres heridos del campaña, que procuraban no dar á conocer totalmente la pérdida de su equilibrio.

16 DE MAYO.—Comenzaron esta tarde en la Escuela Nacional Preparatoria los exámenes correspondientes al primer semestre del año escolar, y á mí me tocó en suerte ir á integrar el jurado de Geografía General y de México, en unión de Alberto Escobar, conferenciante de sociología y espíritu muy cultivado, y Miguel E. Shultz, geógrafo de los más eminentes que poseemos y que fué mi maestro hace bastantes años, cuando él principiaba á ser un buen profesor y yo á ser un pésimo estudiante; aun me dura el recuerdo de que, en lugar de atender á su interesante curso de geografía, me encaramaba hasta la grada superior para leer á hurtadillas «El Judío Errante» y la «Historia de Veinte Siglos» de Eugenio Sue.

1º DE JUNIO.—Mal va la inauguración de exámenes, hoy hemos tenido que reprobar á un pobre muchacho que nos aseguraba que en China se encuentra el tipo blanco y á medio Mediterráneo la isla de Madagascar. Afligía verlo, ya formal, entre los dieciséis y los dieciocho años, enrojecido el semblante, reventándole las orejas, sin atinar con nada, muy vestido de negro.

A los tres sinodales nos interesó el asunto y tratamos de averiguar quién era, pues no figuraba en las listas del curso; sus amigos nos pormenorizaron el caso, tratábase de un supernumerario de escuela profesional, deudor

aún de geografía que no pudo preparar, y por eso cometió tales desaciertos; pero tenía una atenuante, hoy era el primer aniversario de la muerte de su padre, de ahí el luto . . .

El suspenso en persona, nos detuvo á la salida para excusarse con toda caballerosidad y noblemente significarnos que, lejos de hallarse resentido, encontraba muy justificado nuestro veredicto. Efusivamente nos despedimos de él y vimos que se alejaba meditabundo, muy pensativo para su juventud en plena florecencia, muy respetado de sus compañeros, que lo dejaron ir solo, sin saludos ni alusiones al descalabro, como para endulzárselo.

Son una bendición los afectos de colegio.

11 DE JUNIO.—Aprovecho una interrupción de los exámenes y esta tarde me voy por el ferrocarril de Hidalgo á una hacienda de los Llanos; necesito una pequeña tregua á mis urbanas obligaciones, que el campo me cure, como siempre me ha curado. También ahora cumple, generoso y grande; desde que llego á la finca siéntome otro, con razón, llego cuando atardece, cuando el crepúsculo lo mismo esfuma el horizonte de montañas y cielo, que las serranías de penas que en ocasiones se nos aglomeran en el alma.

De pronto, y saliendo de muy lejos, pasando por barrancos y hondonadas, óyese imponente, musical y triste, extraño rumor que me clava en medio del patio de la hacienda.

—¿Qué es eso?—pregunto.

—Son los «peones,» señor,—me responden.

F. GAMBOA

—¡Los peones! . . . ¿pero qué les pasa á los peones?

—De pasarles, no les pasa nada, es que concluyó ya el trabajo, se retiran á descansar, y vienen antes, cantando el *Alabado*, á dar gracias en la capilla . . .

El rumor, al aumentar, se precisa, ya es canto, pero canto desolador, de sufrimiento, de infinita miseria, que, sin darme yo cuenta de mi ademán, oblígame á escucharlo con la cabeza descubierta.

A poco, por el recio portón del enorme patio colonial, desemboca un montón humano que apenas si puede determinarse entre las sombras. Son muchos hombres, muchos, que avanzan en ondulación de endriago, adivinándose entre ellos mujeres y chiquillos. De dos en dos y siempre cantando, pasan junto á mí con su sombrero en la mano indios á medio vestir, los parias, los ilotas que trabajando de sol á sol, no disponen de tiempo para pensar nunca, los que no conocen de esta vida más que el trabajo bestial, los que con razón entonan fervorosamente el *Alabado*, á cuenta de un premio tardío que venga á indemnizarlos, alguna vez, de su esclavitud sin término.

Si se les suprime ese premio que, es de esperar, les llegue después de su muerte, ¿qué sería de ellos? ¿á dónde se volverían en demanda de un poco de misericordia, de un poco nada más?

Ya entraron en la capilla, ya están dando gracias.

Si ellos dan gracias, nosotros ¿qué deberíamos dar?...

15 DE JUNIO.—De regreso en México, después de tres días de vida rural é intensamente mística, pues la due-

MI DIARIO

ña de la finca distínguese por su piedad religiosa, ferviente y sincera.

Tuvimos comunión de indios; pláticas sagradas de predicadores nada atrasados; rosarios vespertinos; escolta al Viático por entre las humildes viviendas rancheras, en que la muerte parecía instalada; bendición del tinacal de pulque todo en florado en tinajas, ventanas y puertas, y ostentando en sus muros recién refrescados con enjalbe, pinturas de coloración bárbara y dibujo primitivo; fuegos artificiales en dos noches estrelladas; muchos paseos á caballo por magueyales bravíos y dulces sementeras susurrantes con el ondular de las espigas; y en los pocos momentos de descanso, largas charlas enjundiosas con los sacerdotes venidos ex profeso, á los dos crepúsculos, la noche callada ya, á la sombra de los portales del patio ó de las copas de los árboles viejos, á la hora en que el calor amodorra á los hombres, derriba á las bestias y enloquece á las cigarras que se desgañitan.

Sobre todo ese conjunto, tuvimos una gran procesión fantástica, conduciendo bajo palio al Divinísimo, dentro del patio colosal de la hacienda, de noche con faroles que oscilaban en las manos de sus portadores, á modo de coleópteros luminosos que ensayaran un torpe volar, y grandes hachones que sobrepasaban las cabezas de la multitud y que sacudían en la diafanidad de la atmósfera su melena de chispas; con orquesta de viento, una murga numerosa y desafinada que tocaba música casi apocalíptica, de puro inharmónica y lúgubre; con centenares y centenares de fieles, y una campanilla ambulante y angustiosa que parecía quejarse de algún mal sin

remedio. Procesión nocturna inolvidable, que me acobardó y me hizo pensar más de una vez en la que pinta el maestro Zola en su libro sobre Lourdes.

En mi corta temporada, trabé excelentes amistades con los sacerdotes. El más ilustrado de los tres, hame servido inmensamente, sin saberlo; era lo que yo necesitaba para mi novela en preparación, al que haré confesor del convento, declarándolo jesuíta, para que ni él mismo, si lee esas páginas, se reconozca.

20 DE JULIO.—Concluí el capítulo IV de «Metamorfosis.»

3 DE AGOSTO.—Concluí el capítulo V de «Metomorfosis» y, con él, la primera parte de la novela.

15 DE AGOSTO.—Desde la rendición de Santiago de Cuba, España se me ha alejado extraordinariamente; la miro ahora mejor como recuerdo que como actualidad, y mucho témome, por lo que la quiero, que á partir de hoy se convierta en otra Grecia moderna, vale decir, en un pretérito más ó menos glorioso, pero siempre pretérito.

Y me entristecería que ello así fuese, pues aparte mi afecto, considero que para una porción de cosas trascendentes los pueblos hispano-americanos habemos menester de que España *siga siendo* y no que *haya sido* .

2 DE SEPTIEMBRE.—La comisión organizadora de las fiestas anuales con que la Escuela Nacional Preparatoria conmemora nuestra Independencia, cuando llegaba yo á dar mi cátedra, me ataja el paso.

Quieren que este año sea yo el del discurso, y por mucho que me defiendan, tanto y con tan buenas maneras insisten ellos, que cedo y me comprometo, no obstante que fuera de las conferencias que vengo dando, jamás ocupé tribuna.

15 DE SEPTIEMBRE.—Fuí invitado, —y atribuyo la invitación á mi nuevo estado civil,—á asistir desde los balcones del salón de embajadores de nuestro Palacio Nacional, á los fuegos artificiales que anualmente se quemaron en esta fecha en la Plaza de Armas, y á la serenata que las bandas unidas de la guarnición ejecutan frente al viejo edificio.

El espectáculo que contemplé es tan grandioso é imborrable, me hace sentir por modo tal, y con tal cantidad de impresiones hondas obséquiamme, que juro aprovecharlo en la novela que hoy tengo en el yunque, ó en «Santa,» que, si Dios no lo remedia, será la próxima.

29 DE SEPTIEMBRE.—Anoche se efectuó la velada conmemorativa de la Escuela Nacional Preparatoria, en el salón que llaman «El General» y que posee una de las más artísticas sillerías que conozco (la que perteneció al templo de san Agustín), y una cátedra de caoba maciza y tallada, tan soberbia como la sillería.

Allí, bajo ornato adecuado y severo, la fiesta, que presidió el propio Presidente de la República, acompañado del Secretario de Justicia, D. Joaquín Baranda; del de Hacienda, D. José Ives Limantour; del de Gobernación, del de Comunicaciones y del Gobernador del Distrito,

F. GAMBOA

D. Rafael Rebollar. Estaban, además, una porción de profesores, un apiñado racimó de familias de alumnos, y éstos en su respetable totalidad.

Descontado un temblor que algo entorpecíame la voz á los comienzos, logré serenarme en seguida y leer mi discurso con tranquilidad perfecta. Sospecho que agradó porque lo aplaudieron, y como no me conformo con echarlo en la inclusa de la prensa periódica, ni puedo proporcionarme el gusto de hacer una edición especial de él, aquí lo consigno, para que cuando estas páginas se encaren con el público, le lleven de la mano.

«Ley universal es—señor Presidente de la República, «señores,—que un beneficio despierte en el beneficiado «odio y rencores en vez de cariño y gratitud, porque, con «excepciones contadas, patentiza la superioridad de quien «lo lleva á cabo, y lo mismo individual que colectiva- «mente, nos es muy doloroso reconocernos por bajo de «un benefactor.

«La conquista realizada por España en América fué un «beneficio, por mucho que lamentemos, víctimas de un «mal entendido americanismo, el desaparecimiento de «civilizaciones indígenas todo lo adelantadas que se quie- «ra, pero de las que no hemos podido aprovechar sino «los estudios aislados de algunos especialistas—que no «siempre se hallan á nuestro alcance—y las múltiples le- «yendas más ó menos mentirosas con que pretendemos «engalanar un pasado que no es nuestro, que nos queda «tan distante casi como los esplendores del Egipto anti- «guo y al que queremos dar forzada carta de naturaleza «en nuestros antecedentes de familia, para pavonearnos

MI DIARIO

«con títulos de nobleza originaria, y penetrar en el gran «escenario del mundo revistiendo un disfraz de mal zur- «cidos guñapos que oculten nuestro traje de pueblo jo- «ven, libre y viril. Tiempo es ya de que tal disfraz des- «aparezca en el tristísimo guardarropa de las edades «muertas, donde yacen, hacinados, pedazos de tro- «nos, fragmentos de coronas, jirones de púrpura y en- «mohecidos despojos de preocupaciones y quimeras. «Tiempo es ya de que tal disfraz desaparezca y de que «sigamos nuestra ruta convencidos de que al igual de la «gran familia americana, somos un pueblo advenedizo, «es cierto, pero que ha nacido rodeado de genios protec- «tores, que practica el trabajo, ama la libertad y respe- «ta el derecho.

«Si España al conquistar América hizo un beneficio, «al conquistar nosotros nuestra Independencia cumpli- «mos un deber ineludible: el que la vida, potente é infi- «nita, nos impone cuando nos da, con la juventud, la «fuerza y los anhelos; con el cerebro, la inteligencia, y con «la inteligencia el discernimiento suficiente para decla- «rarnos á nosotros mismos que, antes que ser esclavo, es «mil veces preferible nada ser, volver á la tierra de la «que somos hechos, y en sus mudas entrañas amorosas «dejar que por inútil se pudra y corrompa una vida «que no supimos llevar con el valor y dignidad á que «ella es acreedora.

«Y así como nadie tilda de ingrato ó desnaturalizado «al hijo que al ajustar la mayor edad se aparta de sus «padres y en busca de sustento se marcha solo, sin otro «caudal que sus músculos y su cerebro—los que al oído

« le susurran que vencerá en la lucha, — sin otra herramien-
 « ta que su juventud y su esperanza, las cuales, á la ma-
 « nera de arcángeles bíblicos, van abriéndole el incierto
 « camino; sin otra escolta que su ansia secreta de vivir
 « por sí mismo, como viven los hombres libres, y sin
 « otros recursos que la canción dulcísima de los pocos
 « años, que todo lo hermosea, y las lágrimas materna-
 « les que más y más se le acurruca en el fondo del al-
 « ma conforme más y más se aleja de la vetusta casuca
 « en que nació; así tampoco nadie tilda de desnaturali-
 « zado ó ingrato al pueblo que sacude las cadenas de tres
 « siglos, porque ellas son débiles para su hermoso cuer-
 « po de adulto sano y porque aprendió ya que las tales, de
 « cualquier metal que estén forjadas, envilecen y man-
 « chan. Además, que ni la conquista ni la paternidad va-
 « len nada en abstracto, ni la una ni la otra se emprenden
 « por altruísmo; aquélla puede realizarla una agrupación
 « poderosa, aunque inculta; ésta es realizada y repetida
 « hasta por los animales inferiores. Nó, la conquista pa-
 « ra ser aplaudida *debe* preocuparse prácticamente por el
 « bienestar y adelantamiento del país conquistado; la
 « paternidad para ser respetada *tiene* que traducirse en
 « protección, educación y amor.

« De modo que, aun suponiendo—lo que es muchísi-
 « mo suponer,—que España nos hubiese tratado diversa-
 « mente de como nos trató, la insurrección fué justifica-
 « da y la expulsión de sus gentes una necesidad biológica;
 « necesidad de tal suerte invulnerable, que no cabe lu-
 « char en su contra, pues semejante á esas rocas solita-
 « rias que en los desiertos del océano sirven de asiento

« á otros tantos faros salvadores, las más furiosas tem-
 « pestades, las olas más gigantes no pueden arrancarlas
 « ni menos extinguir la luz que las corona, porque esa luz
 « brilla por encima de ellas, en la altura, como en la al-
 « tura brillan, en sacrosanto consorcio, el supremo dere-
 « cho de los pueblos y la justicia eterna de los dioses.

« Acabo de decir que las civilizaciones indígenas des-
 « truidas por los españoles, nos quedan tan lejos como
 « los esplendores del Egipto antiguo, y en efecto lo creo,
 « en razón á que nuestro modo de ser, es español y espa-
 « ñol ha sido. No hallo en la República entera vestigios
 « ó hábitos indígenas; veo, sí, muchos degenerados to-
 « davía, un empobrecido rebaño de indios, el lamentable
 « fin de una raza que apenas vestida de cuerpo, desnuda
 « de inteligencia y exhausta de sangre, agoniza en silen-
 « cio, sin dejar nada, ni siquiera deudos que la lloren.

« Como excepciones que confirmen la regla, veo de
 « tiempo en tiempo colosales figuras de indios puros. Veo
 « á Juárez, que me obliga á cerrar los ojos y á humillar
 « la cerviz, por la inmaculada aureola de patriotismo que
 « lo envuelve, pues personifica lo ideal, lo grande. Veo
 « á Ignacio Ramírez, á Ignacio Altamirano, y elevan mi
 « espíritu, les doy complacido mi admiración y mi aplau-
 « so, pero fuera del tipo físico, no me resultan indios; si
 « acaso ellos alardean de serlo, es por inocente coquete-
 « ría de hombres superiores; son los primeros en com-
 « prender que su raza no produce individualidades de su
 « talla; que ellos son la prodigiosa resultante de ignora-
 « dos antecesores, la cristalización inaudita de algún gran-
 « de hombre de hace muchos siglos, y no obstante su

« alarde, ignoran el habla de sus padres, visten como nos-
 « otros, se ilustran, piensan, escriben y obran mejor que
 « nosotros; interésanse por sus pseudo-hermanos, con el
 « mismo compasivo interés que despiertan en blancos y
 « mestizos, sobre los que ostentan superioridad innega-
 « ble. Su opaco color, no es sino una equivocación de la
 « naturaleza.

« Veo asimismo, que durante los once años de recio
 « batallar por nuestra Independencia, casi todos los cau-
 « dillos, los héroes, los próceres, son blancos y mestizos.
 « Veo después, cómo el mestizo avanza en la escuela y en
 « el taller, cómo escala puestos y gana honores, cómo es
 « un civilizado en la elevada acepción de la palabra. En
 « cambio, el indio sin mezclas, el primitivo y legítimo,
 « me apena; en ocasiones me avergüenza, y hasta pienso
 « que los Estados Unidos, la República Argentina y la
 « República de Chile quizá han estado en lo exacto, cuan-
 « do los han destruído ó los han relegado á los desiertos,
 « aunque con medida tal no se hayan acreditado de hu-
 « manitarios.

« De consiguiente, para mí, hispano-americano, la
 « destrucción de las civilizaciones indígenas no me con-
 « mueve directamente; hasta para recrearme en la con-
 « templación de las ruinas de sus monumentos, mi cri-
 « terio es otro, muy distinto del que pueda tener el vás-
 « tago póstumo y rezagado de algún emperador azteca,
 « que coloca una artística piedra de ese propio monu-
 « mento sobre los rieles de un tren de vapor ó se aloja co-
 « mo una fiera, dentro de las profundidades de una pi-
 « rálide.

« Parece ocioso detenerse ante las causas que motiva-
 « ron nuestra Independencia, que, aparte lo conocidas
 « que son, participan de las características que distinguen
 « á ese fenómeno. Toda independencia es en su principio
 « idea vaga, informe en cuanto á los medios de su ejecu-
 « ción, y que generalmente nace en dos ó más personas.
 « Trae consigo, desde luego, el renunciamiento de la pro-
 « pia existencia, la que ha de sacrificarse en aras de lo
 « que será patria para los que vengan detrás de nosotros,
 « sea á vengarnos y á immortalizarnos, á disfrutar de sus
 « ventajas inapreciables, si el éxito la sanciona, sea á no
 « mentar ni nuestro nombre, si el que triunfa es el opre-
 « sor. De todos modos, el acto inicial es acto heroico. Si-
 « guen la ejecución y su desenvolvimiento. Aquí empieza
 « lo cruel, lo primitivo, lo salvaje; la imperiosa necesidad
 « de destruir para crear; el eterno «Mar Rojo,» el mar de
 « sangre que conduce á la «Tierra de Promisión.» Por so-
 « bre ese mar, cual desamparados restos de un naufragio
 « de la civilización, todas las grandezas y todas las mise-
 « rias, todos los heroísmos y todas las flaquezas; un mun-
 « do de pasiones entrechocando con ira acumulada y odio
 « insaciable; una nación armada y guerrera, en singular
 « combate con un pueblo exasperado; frente á generales
 « veteranos, un viejo párroco; frente á la bandera de Cas-
 « tilla y León, la imagen de una virgen india que enlo-
 « quece á las multitudes, las fascina; que todavía hoy, á
 « los tantos años, y descansando en la Basílica de la lar-
 « ga y santa cruzada, es vista con entrañable y respetuo-
 « so afecto, y aunque la Iglesia dice capciosamente que
 « no es fuerza creer en ella, como el pueblo agradecido

« dice que sí, que sí es fuerza, el pueblo triunfa y Méxi-
« co la venera por lo que simboliza: ¡¡toda una patria!!

« Tremolando la sacra enseña está Miguel Hidalgo, el
« primer sacrificado, pero nunca muerto; el que por ma-
« ravillosa gracia vive en el corazón de catorce millones
« de individuos y cuando éstos van muriendo, sálese él
« de la tumba de los padres para instalarse en la cuna de
« los hijos y continuar así, por una eternidad, una su-
« pervivencia de gloria en el pecho de los libertos. Tras
« de Hidalgo, y con mayores proyecciones, avanza José
« María Morelos, y luego los Allendes, Rayones, Licéa-
« gas, Verduzcos, Galeanas, Guerreros, Matamoros; Mina,
« el español que viene á combatir con nosotros las iniqui-
« dades de España; Nicolás Bravo, el que venga la muer-
« te de su padre perdonando prisioneros realistas, que no
« creían en tan alta misericordia, á quienes hubo de re-
« petírseles la sentencia magnánima una vez y otra vez,
« hasta que de ella se penetraron y cayeron de rodillas
« frente al jefe insurrecto y lo colmaron de bendiciones,
« bendiciones que abrazadas al llanto del huérfano, tienen
« que haber sido las mejores preces y los sufragios mejores
« por el alma del bárbaramente ajusticiado de la víspera.

« No hay para qué continuar la enunciación de nues-
« tro martirologio, del arco-iris soberano que entre nu-
« blazones de oro, destácase allá, en el celeste horizonte
« de nuestro nacimiento político. Lo mismo los más cons-
« pícuos que los más humildes, mentira es que murieran,
« resucitaron antes de tercero día á contemplar su obra:
« la República, inmovible, próspera, grande; la Re-
« pública de hoy, en marchas forzadas hacia el sumo

« progreso; la de entrañas de oro y plata; la que posee
« todos los climas, todas las riquezas y todas las liberta-
« des; la que convierte los imperios en cadalsos; la que
« resiste invaciones extranjeras y lejos de perecer ó de
« implorar clemencia, después de mutilada, sangrando
« todavía, deja épicos recuerdos de pundonor y patriotis-
« mo: ¡¡La Angostura, Chapultepec, 5 de Mayo, 2 de
« Abril!!

« Ya la gratitud nacional consumó una gran repara-
« ción; ya los restos bendecidos de nuestros padres repo-
« san donde debían reposar, al lado de los santos, hasta
« que un monumento más digno de ellos los encierre para
« siempre en lugar especialísimo. Por lo pronto, ven-
« ció la justicia inmanente en que creía Gambetta: la
« puerta mayor de la Metropolitana, que sólo se abría
« para dar paso á las procesiones y á los virreyes, tam-
« bién se abrió para dársela á los huesos de los excomul-
« gados de hace ochenta años, y ese mismo clero los re-
« cibió, hízoles los honores de la casa, cedió para ellos
« una de sus capillas principales.

« Ahí están bien, y si las plegarias de los creyentes, la
« fragancia del incienso y las armonías majestuosas del
« órgano, antes de escapar por los ventanales multicolor-
« res de los muros y de las bóvedas, imprimen un beso
« fugitivo y extrahumano en las urnas que los guardan,
« ello no es una irreverencia, y Dios mismo, si vivos les
« concedió la victoria, muertos no ha de enojarle que esas
« devociones lleguen hasta sus pies, más purificadas to-
« davía con el contacto de unos héroes.

« Ahora, el problema para nosotros es averiguar si he-